

# NIVELES CONCEPTUALES DE LAS RELACIONES INTERNACIONALES

(Extractado de la Introducción a la obra  
"Paz y Guerra Entre las Naciones", de  
Raymond Aron).

**A**l terminar la segunda guerra del siglo, los EE.UU., cuyo sueño histórico había sido el de mantenerse al margen de los asuntos del Viejo Continente, se encontraron responsables de la paz, de la propiedad y de la misma existencia de la mitad del planeta. Había guarniciones americanas en Tokio y Seúl, al oeste, y en Berlín, al este. Occidente no había conocido nada semejante desde los tiempos del Imperio Romano. Los Estados Unidos eran la primera potencia auténticamente mundial, ya que la unificación planetaria del escenario diplomático no tenía precedentes. El continente americano ocupaba con relación a la masa euro-asiática una posición comparable a la de las Islas Británicas en relación con Europa: los Estados Unidos recogían la tradición del Estado insular, esforzándose por levantar una barrera en el centro de Alemania y en medio de Corea ante la expansión del estado terrestre dominante.

De esta coyuntura no ha surgido ninguna obra comparable a las que hemos citado, que estuviera originada en la victoria conjunta de los Estados Unidos y

de la Unión Soviética. Las relaciones internacionales se han convertido en objeto de una disciplina universitaria. Las cátedras, cuyos titulares se consagran a la nueva disciplina, se han multiplicado. El número de libros y manuales se ha visto incrementado en proporción. ¿Han conseguido su objetivo estos esfuerzos? Antes de responder a esta pregunta, haría falta precisar lo que los profesores americanos, a imitación de los hombres de Estado y de la misma opinión pública, se proponían descubrir o elaborar.

Los historiadores no han esperado la adhesión de los Estados Unidos al primer plano para ponerse a estudiar "las relaciones internacionales". Pero se han descrito o contado, más que analizado o explicado. Ahora bien, ninguna ciencia se limita a describir o contar. Es más, ¿qué beneficio podrían obtener los hombres de Estado o los diplomáticos del conocimiento histórico de los siglos pasados? Las armas de destrucción masiva, las técnicas de subversión, la ubicuidad de las fuerzas militares, gracias a la aviación y a la electrónica, introducen novedades, materiales y humanas, que hacen

al menos equívocas las lecciones de los siglos pasados. O, si no, ocurre que estas lecciones no pueden ser retenidas si no son insertadas en una teoría que incluya una y otra, que deduzca una serie de constantes para poder elaborar, y no para eliminar, el papel de lo inédito.

Ahí reside la cuestión decisiva. Los especialistas de las relaciones internacionales no querían simplemente seguir el camino de los historiadores: querían, como todos los sabios, alcanzar una serie de proposiciones generales, crear un cuerpo de doctrina. Unicamente la geopolítica se había interesado en las relaciones internacionales, con esa preocupación de abstracción y de explicación. Sin embargo, había dejado una serie de malos recuerdos y, de todas formas, la referencia a un marco espacial no podía constituir la finalidad de una teoría, cuya función es precisamente la de captar la multiplicidad de causas que actúan sobre el desarrollo de las relaciones entre los Estados.

Era fácil caracterizar de una manera burda las teorías de las relaciones internacionales. "En primer lugar, ésta hace posible la ordenación de los datos. Es, pues, un instrumento útil para la comprensión (\*). Además, "la teoría implica que los criterios de selección de los problemas, con vista a un análisis detenido, estén explícitamente determinados. No siempre se reconoce que cada vez que un problema particular es escogido para el estudio y análisis, en un contexto o en otro, haya en la práctica una teoría subyacente que poder escoger". Por último, "la teoría puede ser un instrumento para la comprensión, no sólo de las uniformidades y de las regularidades, sino también de los hechos contingentes o irracionales". ¿Quién presentaría objeciones a tales fórmulas? Ordenación de los datos, selección de los problemas, determinación de las regularidades y de los accidentes. He aquí las tres funciones que cualquier teoría, dentro de las ciencias sociales, debe cumplir en todo caso. Los problemas se presentan más allá de estas proposiciones indiscutibles.

El teórico tiene a menudo una tendencia a simplificar la realidad, a interpretar las conductas a través de la determinación de la lógica implícita de sus autores. El señor Hans J. Morgenthau escribe: "Una teoría de las relaciones internacionales es un resumen racionalmente ordenado de todos los elementos racionales que el observador encuentra en su objeto (subject matter). Una teoría de este cariz viene a ser una especie de boceto racional de las relaciones internacionales, un mapa del escenario internacional" (\*). La diferencia entre una interpretación empírica y una interpretación teórica de las relaciones internacionales es comparable a la que puede establecerse entre una fotografía y un retrato pintado. "La fotografía muestra todo lo que puede ser visto por el ojo humano. El retrato no muestra todo lo que puede ver el ojo humano, pero muestra algo que éste no puede ver: la esencia humana de la persona que sirve de modelo".

A esto responde otro especialista con una serie de interrogantes: ¿Cuáles son los "elementos racionales" de la política internacional? ¿Es suficiente con considerar exclusivamente los elementos racionales para poder dibujar un boceto o pintar un retrato, de acuerdo con las características esenciales del modelo? Si el teórico responde negativamente a estas dos interrogantes, tendrá que tomar otro camino, que será el de la sociología. Admitiendo la finalidad —esbozar un mapa del escenario internacional— el teórico tendría que esforzarse en retener todos los elementos, en lugar de fijar su atención exclusivamente sobre los elementos racionales.

A este diálogo entre el defensor de una "esquematación racional" y el de un "análisis sociológico" —diálogo en que los interlocutores no siempre son conscientes de su naturaleza y de sus implicaciones— ha venido a añadirse, a menudo, una controversia de tradición característicamente americana: la del idealismo enfrentado al realismo.

(\*) Kenneth W. Thompson, "Toward a theory of international politics". American political science review. Vol. XLIX, número 3, septiembre de 1955.

(\*) Estas líneas se han tomado de un informe del señor H. J. Morgenthau, titulado: "La importancia teórica y práctica de una teoría de las relaciones internacionales"; (p. 5).

El realismo, bautizado hoy en día de maquiavelismo, de los diplomáticos europeos pasaba por ser, al otro lado del Atlántico, como típico del Viejo Mundo, y marca de una corrupción de la que había querido huirse al emigrar al Nuevo Mundo, al país de las posibilidades indefinidas. Ahora bien, convertidos, por obra y gracia de la desaparición del orden europeo y de la victoria de sus armas, en potencia dominante, los Estados Unidos descubrían poco a poco, y no sin problemas de conciencia, que su diplomacia se parecía cada vez menos a su antiguo ideal y cada vez más a las prácticas, antaño severamente juzgadas, de sus enemigos y de sus aliados.

¿Era moral comprar la intervención soviética en la guerra contra el Japón al precio de una serie de concesiones a expensas de China? Con el tiempo, se descubrió que no había sido un negocio rentable, y que Roosevelt habría "debido", razonablemente, haber comprado en su lugar la no-intervención de la Unión Soviética. Pero, ¿hubiera sido el cálculo más moral por ser racional? Roosevelt, ¿había estado acertado o equivocado en abandonar la Europa del este a la dominación soviética? Poner por excusa a la fuerza de los hechos, era escoger el argumento que había sido el de los europeos y que, seguros de su virtud y de su situación geográfica, los americanos habían descartado durante tanto tiempo, con desprecio o con indignación.

El jefe en la guerra tiene que rendir cuentas, ante su pueblo, de sus actos, de sus éxitos o de sus derrotas. Nada importan las buenas intenciones y el respeto de las virtudes individuales, ya que es muy otra la ley de la diplomacia o de la estrategia. Pero, ¿qué ocurre, en esas condiciones, con esa oposición entre el realismo y el idealismo, entre el maquiavelismo y el kantismo, entre la Europa corrompida y la virtuosa América?

Los dos conceptos de la teoría no son contradictorios, sino complementarios: la esquemática racional y las proposiciones sociológicas constituyen momentos sucesivos en la elaboración conceptual de un universo social.

La comprensión de un sector no permite poner fin a las antinomias de esa acción. Únicamente la historia podrá quizá reducir, algún día, la eterna discusión entre el maquiavelismo y el moralismo. Sin embargo, pasando de la teoría formal a la determinación de las causas, y luego al análisis de una coyuntura singular, esperamos ilustrar un método aplicable a otros temas, y mostrar a un mismo tiempo los límites de nuestro saber y las condiciones de las elecciones históricas.

Nos hace falta definir, en primer lugar, las relaciones internacionales y luego precisar las características de los cuatro niveles de conceptualización, que llamamos "teoría, sociología, historia y praxeología".

## 1

Recientemente, un historiador holandés (\*), designado para la primera cátedra de relaciones internacionales creada en su país, en Leyde, intentaba, en su lección inaugural, definir la disciplina que tenía por misión enseñar. Concluía con el reconocimiento de su fracaso: había buscado, pero no había encontrado

los límites del campo que quería explorar.

El fracaso es instructivo, ya que es definitivo y, por así decirlo, evidente. Las "relaciones internacionales" no tienen fronteras trazadas todas ellas en lo real y no pueden ser, ni en realidad lo son, separables de otros fenómenos sociales. Pero la misma proposición sería utilizable a propósito de la economía, o de la política. Si es cierto que la "propuesta de desarrollar el estudio de las relaciones internacionales como un sistema automático ha fracasado", la verdadera

(\*) B.H.M. Vlekke, "On the study of international political science". The David Davies Memorial Institute of International Studies. Londres (sin fecha).

cuestión que se nos presenta está más allá de este fracaso y concierne al sentido del mismo.

Después de todo, la tentativa de hacer del estudio de la economía un sistema cerrado sobre sí mismo ha fracasado igualmente, pero no por ello deja de existir a justo título, una ciencia económica, cuya realidad propia y posible delimitación no son puestos en duda por nadie. ¿Ocurre que el estudio de las relaciones internacionales lleva consigo su propio centro de interés? ¿Se preocupa de fenómenos colectivos, de conductas humanas, cuya característica específica es reconocible? Este sentido específico de las relaciones internacionales, ¿se presta a una elaboración teórica?

Las relaciones internacionales son, por definición, según parece, relaciones entre naciones. Pero, en este caso, el término "nación" no está tomado en el sentido histórico que ha adquirido desde la Revolución Francesa y no designa una especie particular de comunidad política, en la que los individuos tengan, en gran número, una conciencia de ciudadanía y en la que el Estado parezca la expresión de una nacionalidad preexistente.

En la fórmula "relaciones internacionales", la nación equivale a un tipo cualquiera de colectividad política, territorialmente organizada. Digamos, provisionalmente, que las relaciones internacionales son relaciones entre "unidades políticas", concepto este último que designa a las ciudades griegas, al imperio romano o al egipcio, al igual que a las monarquías europeas, a las repúblicas burguesas o a las democracias populares.

Esta definición lleva consigo una doble dificultad. ¿Habría que incluir en las relaciones entre unidades políticas las relaciones entre individuos pertenecientes a cada una de estas unidades? ¿Dónde comienzan y dónde terminan las unidades políticas, es decir, las colectividades territorialmente organizadas?

Cuando los jóvenes europeos van a pasar sus vacaciones más allá de las fronteras de sus patrias respectivas, ¿se trata de un fenómeno que interesa al especialista de las relaciones internacionales? Cuando se compra en una tienda francesa una mercancía alemana o cuando un importador francés trata con un fabri-

cante del otro lado del Rin, ¿estos intercambios económicos pertenecen o no, a las "relaciones internacionales"?

Parece igualmente difícil responder afirmativa o negativamente. Las relaciones entre los Estados, es decir, las relaciones verdaderamente interestatales, constituyen el tipo de relaciones internacionales por excelencia: así los tratados representan un ejemplo indiscutible de relaciones interestatales. Supongamos que los intercambios económicos de país a país vengan regulados integralmente por un acuerdo entre Estados; en esta hipótesis pertenecerán sin duda al campo de estudio de las relaciones internacionales. Supongamos, por el contrario, que los intercambios económicos a uno y a otro lado de las fronteras se vean sustraídos a una reglamentación estricta y supongamos también que el libre cambio reine; desde ese momento, las compras en Francia de mercancías alemanas y las ventas en Alemania de mercancías francesas serán actos individuales que no presentarán las características propias de las relaciones interestatales.

Esta dificultad es real, pero cometeríamos un error, al parecer, si exagerásemos su importancia. Ninguna disciplina científica lleva consigo un trazado neto de fronteras. En primer lugar, no tiene casi importancia el saber dónde terminan las relaciones internacionales, y tampoco en precisar a partir de qué momento las relaciones interindividuales cesan de ser relaciones internacionales. Tenemos que determinar el centro de interés, el significado propio del fenómeno o de las conductas que constituyen el eje de este campo específico. Ahora bien, el centro de las relaciones internacionales viene constituido por las relaciones que hemos llamado interestatales, aquellas que ponen en relación las unidades como tales.

Las relaciones interestatales se expresan en y por medio de conductas específicas, las de aquellos personajes que llamaríamos simbólicos: el "diplomático" y el "soldado". Dos hombres, y tan sólo dos, actúan plenamente no ya como miembros cualesquiera, sino en el papel de "representantes" de las colectividades a que pertenecen. El "embajador" en el ejercicio de sus funciones "es" la unidad

política en nombre de la cual habla; el "soldado" en el campo de batalla "es" la unidad política, en nombre de la cual da muerte a su prójimo. Fue precisamente porque alcanzó a un embajador por lo que el golpe de abanico del bey de Argel ha adquirido un valor de suceso histórico. Y porque lleva un uniforme y porque actúa en cumplimiento de su deber, por lo que el ciudadano de los estados civilizados mata sin problemas de conciencia.

El embajador (\*) y el soldado viven y simbolizan las relaciones internacionales que, en tanto que interestatales, nos llevan a la diplomacia y a la guerra. Las relaciones interestatales presentan una característica original que las distingue de cualesquiera otras relaciones sociales: se desarrollan a la sombra de la guerra o, para emplear una expresión más rigurosa, las relaciones entre Estados llevan consigo, por esencia, la alternativa de la guerra o de la paz.

Así como cada Estado tiende a reservarse para sí mismo el monopolio de la violencia, los Estados, a lo largo de la historia, al reconocerse recíprocamente, han reconocido al mismo tiempo la legitimidad de las guerras que se hacían. En determinadas circunstancias, el reconocimiento recíproco de Estados enemigos fue llevado hasta su fin lógico: cada Estado utilizaba únicamente su ejército regular y rechazaba la provocación de la rebelión en el interior del Estado al que combatía, rebelión que habría debilitado al Estado enemigo, pero que también habría destruido el monopolio de la violencia legítima que intentaba salvaguardar.

Ciencia de la paz y ciencia de la guerra, la ciencia de las relaciones internacionales puede servir de fundamento a las artes de la diplomacia y la estrategia, métodos estos dos, complementarios y opuestos, a través de los cuales se lleva a cabo el comercio entre los Estados.

---

(\*) No hay ni qué decir que, en este significado abstracto, el hombre de Estado, el Ministro de Asuntos Exteriores, el Primer Ministro, el Jefe de Estado son también, en algunas de sus aptitudes, embajadores. Representan la unidad política en cuanto tal.

"La guerra no pertenece al dominio de las artes ni de las ciencias, pero sí al de la existencia social. Es un conflicto de grandes intereses solucionados con la sangre, hecho éste por el que se distingue de los demás conflictos. Convendría compararlo mejor que a un arte cualquiera, al comercio, que es también un conflicto de intereses y de actividades humanas; todavía se asemeja más a la política, que podría ser comparada a su vez, al menos en parte, a una especie de comercio en gran escala. Además, la política es el medio material en el que la guerra se desarrolla, en el que sus caracteres generales, formados ya rudimentariamente, se esconden como las propiedades de las criaturas vivientes lo hacen en sus embriones" (\*).

Por lo tanto, nosotros comprendemos a la vez por qué las relaciones internacionales ofrecen un centro de interés para ser una disciplina particular y por qué escapan a toda delimitación precisa. Los historiadores no han aislado nunca las descripciones de los sucesos que se refieren a las relaciones entre los Estados, aislamiento que hubiera sido efectivamente imposible, ya que las peripecias de las campañas militares y de las combinaciones diplomáticas están ligadas de múltiples maneras a las vicisitudes de los destinos nacionales, o las rivalidades de las familias reales o de las clases sociales.

La ciencia de las relaciones internacionales no puede, al igual que la historia diplomática, desconocer los lazos múltiples que existen entre lo que tiene lugar en la escena diplomática y lo que pasa en los escenarios nacionales. No puede tampoco separar rigurosamente las relaciones interestatales de las relaciones interindividuales que afectan a las diversas unidades políticas. Pero, en tanto que la humanidad no haya llevado a cabo su unificación en un Estado universal, subsistirá una diferencia esencial entre la política interior y la política extranjera. Aquella tiende a reservar el monopolio de la violencia a los detentores de la autoridad legítima, mientras que ésta acepta

---

(\*) Karl von Clausewitz, "De la Guerre", libro II, Capítulo IV, página 45. Las referencias son a la edición publicada por las Editions de Minuit, París, 1950.

la pluralidad de centros de las fuerzas armadas.

La política, en cuanto concierne a la organización interior de las colectividades, tiene por finalidad inmanente la sumisión de los hombres al imperio de la ley. La política, en la medida que afecta a las relaciones entre los Estados, parece tener como significado —ideal y objetivo a la vez— la simple supervivencia de los Estados frente a la amenaza virtual que trae consigo la existencia de los demás Estados. De aquí la oposición frecuente en la filosofía clásica: el arte político enseña a los hombres a vivir en paz en el interior de las colectividades, y enseña a las colectividades a vivir tanto en paz como en guerra. Los Estados no han salido aún, en sus relaciones mutuas, del estado de naturales. Si lo hubieran conseguido, no habría teoría de las relaciones internacionales.

Se nos objetará que esta oposición, clara al nivel de las ideas, no lo es tanto al nivel de los hechos. Ello supone, en efecto, que las unidades políticas estén circunscritas, sean identificables. Ese es el caso cuando estas unidades están representadas por diplomáticos y por soldados uniformados, o de otro modo, cuando ellas ejercen efectivamente el monopolio de la violencia legítima, reconociéndose recíprocamente. En ausencia de naciones, conscientes de ellas mismas y de Estados jurídicamente organizados, la política interior y la política exterior tienden a confundirse, ya que aquélla no es esencialmente pacífica y esta última es radicalmente belicosa.

La incertidumbre de la distinción entre conflictos que opongan a diferentes unidades políticas y conflictos que tengan lugar en el interior de una misma unidad política, hace a veces su aparición, aún en períodos de soberanía concentrada y legalmente reconocida. Es suficiente con que, en una provincia, parte integrante del territorio de un Estado, una fracción de la población se niegue a someterse al poder central e inicie una lucha armada para que el combate, guerra civil bajo la ley internacional, sea considerado como una guerra extranjera por aquellos que juzgan a los rebeldes como intérpretes de una nación existente o a punto de nacer. Si la Confederación hubiese triunfado, los Estados Unidos se hubieran di-

vidido en dos Estados y la Guerra de Secesión, que había comenzado como una guerra civil, hubiera terminado como una guerra extranjera.

Imaginemos, en el futuro, un Estado universal que englobe a la humanidad entera. En teoría, no habría ya ejército (el soldado no es ni un policía ni un verdugo, y pone en riesgo su vida frente a otros soldados), sino solamente policía. Si una provincia o un partido se alzaran en armas, el Estado único y planetario los declararía rebeldes y los trataría como tales. Sin embargo, esta guerra civil, episodio de política interior, parecería retrospectivamente una vuelta a la política extranjera, en el caso de que la victoria de los rebeldes trajera consigo la desintegración del Estado universal.

Este equívoco, que viene implicado en el objeto de las "relaciones internacionales", no es imputable a la insuficiencia de nuestros conceptos: está inscrito en la misma realidad de las cosas. Nos recuerda una vez más, por si hiciera falta, que el curso de las relaciones entre unidades políticas se ve influido, de múltiples maneras, por los sucesos que tienen lugar en el interior de esas mismas unidades. Nos recuerda también que lo que las guerras ponen en juego es la existencia, la creación o la eliminación de los Estados. A fuerza de estudiar el comercio entre Estados organizados, los especialistas terminan por olvidar a menudo que el exceso de debilidad no es menos temible para la paz que el exceso de fuerza. Las zonas, con motivo de las cuales estallan los conflictos armados, son a menudo aquellas donde las unidades políticas comienzan a descomponerse. Los Estados que se saben, o se creen, condenados despiertan los apetitos rivales o, en una tentativa desesperada de salvación, provocan la explosión que los consumirá.

¿Pierde toda originalidad, todo límite neto, el estudio de las relaciones internacionales por extenderse al nacimiento y a la muerte de los Estados? Aquellos que imaginaban por adelantado que las relaciones internacionales son diferenciables "concretamente" se verán decepcionados por este análisis, pero esta decepción no está justificada. Teniendo como tema central las relaciones interestatales en su significado específico, es decir, en su característica de alternativa y de al-

ternancia de la paz y de la guerra, la disciplina destinada al estudio de las relaciones internacionales no puede hacer abstracción, ni de las diversas modalidades de comercio entre las naciones e imperios, ni de los determinantes múltiples que actúan en la diplomacia mundial, ni de las circunstancias en las cuales los Estados aparecen y desaparecen. Una cien-

cia o filosofía total de la política englobaría a las relaciones internacionales como uno de sus capítulos, pero este capítulo guardaría su originalidad, ya que "trataría de las relaciones entre unidades políticas, cada una de las cuales reivindica el derecho de hacerse justicia a sí misma y de ser la única dueña de la decisión de combatir o de no hacerlo".

## 2

Intentaremos captar las relaciones internacionales en tres niveles distintos de conceptualización, examinando a continuación los problemas éticos y pragmáticos que se plantean ante el hombre de acción.

La conducta diplomática o estratégica presenta cierta analogía con la conducta deportiva. Trae también consigo cooperación o competición a un mismo tiempo. Toda colectividad se encuentra rodeada de enemigos, de amigos, de neutrales o de indiferentes. No hay terreno diplomático que pueda delimitarse con cal, pero sí existe una esfera diplomática en la cual figuran todos los actores susceptibles de intervenir en caso de un conflicto generalizado. La disposición de los jugadores no está fijada, de una vez para siempre, por las reglas o por las tácticas impuestas por la costumbre, pero encontramos ciertas agrupaciones características de los actores que constituyen otras tantas situaciones esquemáticamente dibujadas.

Cooperativa y competitiva, la conducción de la política extranjera es además, por naturaleza, de carácter aventurado. El diplomático y el estratega actúan, es decir, se deciden, en un determinado sentido, antes de haber reunido todos los conocimientos deseables y antes de haber adquirido una certidumbre. Su acción se basa en probabilidades. No sería razonable si rechazase el riesgo, mientras que sí lo es en la medida en que lo calcula.

Pero nunca se eliminará la incertidumbre que surge de la imprevisibilidad de las reacciones humanas (¿qué hará el otro, general u hombre de Estado, Hitler o Stalin?), del secreto del que se rodean

los Estados y de la imposibilidad de saberlo todo antes de comprometerse en la acción. La "gloriosa incertidumbre del deporte" tiene su equivalente en la acción política, violenta o no. No imitemos a los historiadores que creen que el pasado ha sido siempre fatal y que suprimen la dimensión humana del suceso.

Las expresiones que hemos empleado para caracterizar la sociología (causas del éxito, caracteres nacionales de su práctica en diversas partes), la historia del deporte (o de una parte de él) se aplican igualmente a la sociología y a la historia de las relaciones internacionales. Son la teoría nacional y la praxeología las que difieren esencialmente de una esfera a otra. Comparada con el fútbol, la política extranjera se nos presenta singularmente indeterminada. La finalidad de sus autores no es tan simple como la de hacer penetrar un balón más allá de una línea blanca. Las reglas del juego diplomático están imperfectamente codificadas y cualquier jugador las puede violar cuando en ello encuentre ventaja. No hay árbitro y aún cuando el conjunto de los actores intenta dar su juicio (Naciones Unidas), los actores nacionales no se someten a las decisiones de este árbitro colectivo, cuya imparcialidad se presta a discusión. Si la rivalidad de las naciones evoca a un deporte, es con demasiada frecuencia a la lucha libre, un catch que sería auténticamente aquello de lo cual es ahora simulacro.

De una manera más general, la conducta deportiva presenta tres rasgos singulares: el objetivo y las reglas del juego están claramente precisados: el parti-

do se juega en el interior de un espacio cerrado, el número de participantes es fijo y el sistema, delimitado hacia el exterior, está estructurado en sí mismo. Las conductas se ven sometidas a reglas de eficacia y a las decisiones del árbitro, de tal forma que los juicios morales o semi-morales se refieren al espíritu con el que los jugadores practican el juego en sí. A propósito de cada una de las ciencias sociales, se puede uno preguntar si, y en qué medida, el objetivo y las reglas están definidos, y si, y también en qué medida, los actores están organizados en un sistema y las conductas individuales sometidas a obligaciones de eficacia o de moralidad.

Pasemos del deporte a la economía. Toda sociedad tiene un problema económico, bien tenga o no conciencia de él, y lo resuelve de una determinada manera. Toda sociedad debe satisfacer las necesidades de sus miembros con recursos limitados. La desproporción entre los deseos y los bienes no es siempre comprendida como tal. Aceptando como normal, como tradicional, un determinado modo de vida, puede ocurrir que una colectividad no aspire a nada más allá de lo que posee. Una colectividad como ésta será pobre en sí, pero no para sí. Añadiríamos —lo que no constituye una paradoja más que en apariencia— que las sociedades no han estado nunca tan conscientes de su pobreza como en nuestra época a pesar del crecimiento prodigioso de sus riquezas. Los deseos han crecido aún más de prisa que los recursos. La limitación de estos recursos parece escandalosa a partir del momento en que la capacidad de producción se considera, equívocamente, como ilimitada.

Lo económico es una categoría fundamental del pensamiento, una dimensión de la existencia individual o colectiva. Esta categoría no puede confundirse con la de rareza o la de pobreza (desproporción entre deseos y recursos). La economía como problema supone solamente rareza o pobreza; la economía como solución supone que los hombres sean capaces de vencer su pobreza de diferentes maneras y que tengan la posibilidad de escoger entre las distintas maneras de utilización de sus recursos.

Es decir, y en otros términos, supone el problema de elección que el mismo

Róbinson, en su isla, no ignoraba: Róbinson posee su tiempo de trabajo y puede escoger una cierta distribución de las horas del día entre el trabajo y el ocio, una cierta distribución de su trabajo entre los bienes de consumo (alimentos) y las inversiones (habitación). Lo que es cierto del individuo, lo es mucho más aún de la colectividad. Comoquiera que la fuerza del trabajo es el recurso primario de las sociedades humanas, la multiplicidad de las utilizaciones posibles de los recursos viene dada desde un principio.

A medida que la economía se complica, las posibilidades de elección se multiplican y los bienes se hacen cada vez más fácilmente sustituibles. El mismo objeto puede servir a diversos fines, y diversos objetos pueden ser utilizados para un mismo fin.

Pobreza y elección —considerando la pobreza como el problema planteado a las colectividades y a una cierta elección como una solución efectivamente adoptada— definen la dimensión económica de la existencia humana. Los hombres que ignoran la pobreza porque ignoran el deseo, no tienen conciencia de esta dimensión económica. Viven de la misma manera que vivieron sus antepasados y de la misma forma en que siempre han vivido ellos mismos. La costumbre es tan fuerte que llega a excluir el sueño, la insatisfacción, la voluntad de progreso. Existiría una fase post-económica si, junto con la rareza, la obligación de elección, del trabajo penoso, desapareciera. Trotsky ha escrito en algún sitio que la abundancia era desde hoy visible en el horizonte de la historia, y que sólo los pequeños burgueses se niegan a creer en este futuro radiante, considerando eterna la maldición del Evangelio. Es concebible un período post-económico en que la capacidad de producción será tal que cada uno podrá consumir según su fantasía y, por respeto a los demás, no tomará del total más que su parte en justicia.

Los jugadores de fútbol quieren hacer entrar el balón dentro de un espacio delimitado por dos postes verticales unidos, a dos metros del suelo, por un madero horizontal. En tanto que son sujetos económicos los hombres quieren hacer el "mejor" uso de recursos insuficientes y

utilizar estos últimos de tal manera que les permitan "el máximo de satisfacción".

Los economistas han reconstruido y elaborado de diversas maneras la lógica de estas elecciones individuales, siendo todavía hoy en día la teoría marginalista la versión más corriente de esta ordenación racional de las conductas económicas, interpretadas a partir de los individuos y de sus escalas de preferencia.

Aunque la teoría recorra el itinerario que va de la elección individual al equilibrio global, nos parece, tanto desde el punto de vista lógico como filosófico, que es preferible partir de la colectividad. Los caracteres específicos de la realidad económica no se descubren, en efecto, sino a nivel del conjunto. Las escalas individuales de preferencias no difieren quizá fundamentalmente en el interior de una sociedad determinada, ya que todos los individuos se adhieren en mayor o menor grado a un sistema común de valores. Sin embargo, las actividades que tienden a la potenciación al máximo de las satisfacciones individuales estarían mal definidas si la moneda no introdujera la posibilidad de una medida más segura y universalmente cognoscible.

Todas las teorías económicas, sean microscópicas o macroscópicas, o de inspiración liberal o socialista, ponen su énfasis en la interdependencia de las variables económicas. La teoría del equilibrio, al estilo de un Walras o de un Pareto, reconstruye el conjunto a partir de las elecciones individuales, definiendo al mismo tiempo un punto de equilibrio, que sería también el punto de máxima de la producción y de las satisfacciones (considerando una determinada distribución de las rentas como punto de partida). La teoría keynesiana o las teorías macroscópicas captan directamente la unidad total del sistema y se esfuerzan en deducir las variables determinantes, sobre las que hay que actuar para evitar el subempleo y para llevar el producto nacional a su máximo posible.

El fin de la actividad económica, en un principio, nos parece, por lo tanto, definido: "la maximación" de las satisfacciones para el individuo que escoge racionalmente; maximación de los recursos monetarios, en la fase posterior, considerando a la moneda como el interme-

diario universal entre los bienes. Ahora bien, esta definición deja lugar a una serie de incertidumbres: por ejemplo, ¿a partir de qué momento prefiere el individuo el ocio al aumento de sus ingresos? Es más, la incertidumbre o, si se quiere, la indeterminación, se convierte en esencial si consideramos a la colectividad.

El "problema económico" se plantea a una colectividad: es ella la que, a través de una cierta organización de la producción, de los intercambios y de la distribución, escoge una solución. Esta solución lleva consigo una parte de cooperación entre los individuos y una parte de competencia. Ni la colectividad considerada globalmente, ni los sujetos económicos se encuentran en situaciones que impongan como razonables una determinada decisión y sólo una.

Maximación del producto nacional o reducción de las desigualdades, maximación del crecimiento o mantenimiento de un nivel elevado de consumo; maximación de la cooperación impuesta autoritariamente a los poderes públicos o el libre curso concedido a los mecanismos de la competencia, éstas son las tres alternativas que las sociedades todas dilucidan de hecho, aunque la elección no sea una consecuencia lógicamente deducible partiendo de la finalidad inmanente de la actividad económica. Dada la pluralidad de objetivos a que tienden las sociedades, toda solución económica desde el presente, implica un pasivo al mismo tiempo que un activo. Es suficiente con que se haga intervenir al transcurso del tiempo (¿qué sacrificios deben consentir los vivientes en beneficio de aquellos que vendrán tras ellos?) y a la diversidad de los grupos sociales (¿qué distribución se impone a partir de una cierta organización de la producción?), para que ninguna solución del problema económico pueda ser considerada como razonablemente obligatoria en unas determinadas circunstancias. La finalidad inmanente de la actividad económica no determina de una manera unívoca ni la elección de los individuos, considerados independientemente, ni la elección de las colectividades, consideradas globalmente.

En función de este análisis, ¿cuáles son las modalidades de la teoría económica de tipo racional? Comoquiera que el

problema económico es fundamental, entre la fase de la inconsciencia y la posible base de la abundancia, el teórico se esfuerza por elaborar en primer lugar, los "conceptos" esenciales del orden económico, en cuanto tal (producción, intercambios, repartición, consumo, moneda).

La teoría económica, tal y como venimos de esbozarla, se esfuerza en aislar el conjunto económico —el conjunto de conductas que resuelven de hecho, bien que mal, el problema de la pobreza— y en poner el énfasis sobre el carácter racional de estas conductas, es decir, sobre las elecciones para el empleo de recursos limitados, cada uno de los cuales implica una multiplicidad de utilizaciones. Toda teoría, cualquiera que sea su inspiración, sustituye a los hombres concretos por sujetos económicos, cuya conducta está simplificada y como racionalizada. Reduce a un pequeño número de determinantes las circunstancias múltiples que influyen sobre la actividad económica. Considera como "exógenas" a ciertas causas, sin que la distinción entre los factores exógenos y los factores endógenos sea constante, de una época a otra, o de un autor a otro. La sociología es un intermediario indispensable entre la teoría y el acontecimiento, pero la superación de la teoría hacia la sociología puede realizarse de distintas maneras.

La sociología puede darse también como objetivo, la reintroducción de un sistema económico en el conjunto social, o la continuación de la acción recíproca que las distintas esferas de actividad ejercen unas sobre otras.

Por último, la sociología puede tener como objeto una tipología histórica de las economías. La teoría determina las funciones que deben cumplirse en cualquier economía. Medida de valores, conservación de estos últimos, distribución de los recursos colectivos entre los distintos empleos, adecuación de los productos a los deseos de los consumidores, todas estas funciones son siempre realizadas de hecho, mejor o peor. Cada régimen está caracterizado por la modalidad en que se cumplen las funciones indispensables. En particular, para referirnos a nuestra época, cada régimen concede una parte, de mayor o menor amplitud, a la planificación central o a los

mecanismos de mercado: aquélla representa la acción cooperativa sometida a una autoridad superior; éstos son una forma de acción competitiva (la competencia en conformidad a unas reglas asegura la función de repartir los ingresos entre los individuos y da unos resultados que no han sido ni concebidos ni decididos o deseados por nadie).

El historiador de la economía es deudor del teórico, que le facilita los instrumentos de comprensión (conceptos, funciones y modelos), como lo es del sociólogo, que le indica el marco en el que se desenvuelven los sucesos y que ayuda a captar la diferencia entre los distintos tipos sociales. En cuanto al experto, al ministro o al filósofo, es decir, a aquellos que aconsejan, deciden o actúan, hay que tener en cuenta que todos ellos tienen necesidad de conocer los esquemas racionales, las determinantes del sistema y las regularidades de la coyuntura.

Es más, para tomar partido a favor o en contra de un régimen, y no de una medida tomada en el interior de ese mismo régimen, hace falta conocer, en primer lugar, los méritos y deméritos probables de cada régimen y luego aquello que se exige de la economía: ¿cuál es la sociedad perfecta y qué influencia ejercen determinadas instituciones de orden económico sobre la existencia? La praxeología, que sucede necesariamente a la teoría, a la sociología y a la historia, vuelve a poner en duda las premisas de esta comprensión progresiva: ¿cuál es el sentido humano de la dimensión económica?

El objetivo de la acción económica no es tan simple como el de la acción deportiva, pero, aunque haya numerosas nociones de máximo, las teorías pueden reconstruir las conductas de los sujetos económicos al definir de una cierta manera el máximo buscado y, acto seguido, las implicaciones de lo racional. El sistema económico está menos rigurosamente estructurado que el sistema constituido por un partido de fútbol: ni los límites físicos, ni los jugadores de un sistema económico están tan precisamente determinados, pero de todas formas la solidaridad recíproca entre las variables del sistema económico y las igualdades contables per-

miten, una vez admitida la hipótesis de racionalidad, captar la textura del conjunto a través de sus elementos.

En cuanto a las directrices de la acción, que quieren ser racionales al nivel de la teoría y razonables al nivel de lo concreto, consagran la eficacia cuando se

ha propuesto un objetivo unívoco; la moralidad, cuando se trata de respetar las reglas de la competencia y los valores últimos, cuando nos preguntamos acerca de la dimensión de la vida, acerca del trabajo y del ocio, o de la abundancia y el poder.

### 3

**V**olvamos a la política extranjera y preguntémosnos cómo vienen caracterizados, en esta esfera, los diversos niveles de concepción.

Toda conducta humana, en la medida en que ella no es un simple reflejo o el acto de un enajenado, es comprensible. Pero existen múltiples modos de inteligibilidad. La conducta del estudiante que viene a escuchar una determinada clase, porque hace frío fuera o porque no tiene nada que hacer entre dos clases, es comprensible, hasta podríamos decir que es "lógica" (según la expresión de Pareto) o "racional" (de acuerdo con la terminología de Max Weber), si ella es el medio de evitar el frío o de llenar agradablemente una hora vacía. Sin embargo, no presenta las mismas características que la conducta del estudiante que sigue una clase porque estima que hay una posibilidad de que sea interrogado en el examen sobre el tema tratado por el profesor, o la conducta del empresario, que adopta cada una de sus decisiones haciendo referencia al balance de fin de año, o la conducta del delantero centro que se mantiene retrasado para desconcertar al defensa central del equipo adversario, que le sigue los pasos.

¿Cuáles son los rasgos comunes en las conductas de estos tres actores: estudiante, empresario y jugador? No es, desde luego, el modo de determinación psicológica. El empresario puede ser personalmente un ser ávido de dinero o, por el contrario, indiferente a las ganancias. El estudiante, que establece la lista de las clases que ha de seguir en función del tiempo de que dispone o de la probabilidad de las preguntas que han de hacerse en el examen, puede muy bien

apreciar o detestar los temas que estudia, o puede querer su diploma por amor propio o por necesidad de ganarse la vida. Igualmente, el jugador de fútbol puede ser aficionado o profesional, puede soñar con la gloria o con la riqueza, pero se verá determinado por las exigencias de eficacia que surgen del juego en sí.

En otros términos, esas conductas llevan consigo, de una manera más o menos consciente, un cálculo, una combinación de medios con vista a unos determinados fines, o la aceptación de un riesgo en función de unas determinadas probabilidades. Este mismo cálculo viene dictado, ora por una jerarquía de preferencias, ora por la coyuntura que implica, en el juego y en la economía, una textura inteligible.

La conducta del diplomático, o la del estratega, presenta alguna de estas características, aunque de acuerdo con la definición que de ellas hemos dado anteriormente, no tengan ni un objetivo tan determinado como el de los jugadores de fútbol, ni siquiera una finalidad, dentro de ciertas condiciones relacionadas definibles por un máximo, semejante a la de los sujetos económicos.

La conducta del diplomático-estratega tiene, en efecto, por carácter específico el estar dominada por el riesgo de la guerra y el de afrontar a los adversarios en una rivalidad incesante, en la cual cada uno se reserva el derecho de recurrir a la razón última, es decir, a la violencia. La teoría del deporte se desenvuelve a partir del fin (hacer entrar el balón en la red). La teoría de la economía se refiere, también ella, a un fin a través del concepto de maximación (aunque se puedan concebir diversas modalidades

de este máximo). La teoría de las relaciones internacionales parte de la pluralidad de centros autónomos de decisión y, por lo tanto, del riesgo de guerra, deduciendo de este riesgo la necesidad del cálculo de los medios.

Ciertos teóricos han querido encontrar, para las relaciones internacionales, el equivalente del objetivo racional del deporte o de la economía. Un solo fin, la victoria, grita el general ingenuo, olvidando que la victoria militar da siempre satisfacciones de amor propio, pero no siempre beneficios políticos. Un solo imperativo, el interés nacional, proclama solemnemente el teórico, escasamente menos simple que el general, como si fuese suficiente con colocarle el adjetivo nacional al concepto de interés para hacerlo unívoco. La política entre los Estados es una lucha por el poder y la seguridad, afirma otro teórico, como si no hubiera nunca contradicción entre aquél y ésta, como si las personas colectivas, a diferencia de las personas individuales, se vieran caracterizadas por preferir la vida a las razones de vivir.

Limitémonos a establecer que la conducta diplomático-estratégica no tiene una finalidad evidente, pero que el riesgo de guerra la obliga a calcular las fuerzas o los medios. Intentaremos demostrar que la alternativa de la paz y de la guerra permite elaborar los conceptos fundamentales de las relaciones internacionales.

La misma alternativa nos permite también plantear "el problema de la política extranjera", de la misma forma que hemos planteado el problema de la economía. Durante milenios, los hombres han vivido en sociedades cerradas, que nunca se han sometido de una manera plena a una autoridad superior. Cada colectividad tenía que contar, por encima de todo, con ella misma para sobrevivir, pero debía o habría debido aportar también una contribución a la labor común de las ciudades enemigas amenazadas de perecer juntas a fuerza de combatirse.

El doble problema de la supervivencia individual y de la supervivencia colectiva, no ha sido nunca solucionado duraderamente por ninguna civilización. No podrá serlo definitivamente sino a través del Estado universal o del reino

de la ley. Podríamos calificar de pre-diplomática la edad en que las colectividades no mantenían relaciones regulares, unas con otras, y de post-diplomática, a aquella de un Estado universal que no dejaría lugar a luchas intestinas. En tanto que cada colectividad deba preocuparse de su propia salvación, al mismo tiempo que la del sistema diplomático o de la especie humana, la conducta diplomático-estratégica no estará nunca determinada racionalmente, ni siquiera en teoría.

Esta relativa indeterminación no nos impide elaborar una teoría de tipo racional, yendo de los conceptos fundamentales (estrategia y diplomacia, medios y fines, poder y fuerza, gloria e ideas) a los sistemas y a los tipos de sistema. Los sistemas diplomáticos no están delimitados en el mapa como un terreno de juego, ni están unificados por las igualdades contables o por la interdependencia de las variables, como en los sistemas económicos, sino que cada actor sabe, muy por encima, en relación a qué adversarios y a qué aliados debe situarse.

La teoría, al determinar los modelos de los sistemas diplomáticos y al distinguir las situaciones típicas, trazadas a grandes rasgos, imita a la teoría económica, que elabora modelos de crisis o de sub-empleo. Empero, a falta de un objetivo unívoco para la conducta diplomática, el análisis racional de las relaciones internacionales no está en posición de poder desenvolverse en una teoría global.

Una tipología de las paces y de las guerras, sirve de transición entre la interpretación inmanente de las conductas en política extranjera y la explicación sociológica, por causas materiales o sociales, del curso de los acontecimientos.

La sociología busca las circunstancias que influyen sobre las consecuencias de los conflictos entre los Estados, sobre los objetivos que se asignan sus actores y sobre la fortuna de las naciones y de los imperios. La teoría saca a la luz la textura inteligible de un conjunto social. La sociología muestra cómo varían las determinantes (espacio, número, recursos) y los sujetos (naciones, regímenes, civilizaciones) de las relaciones internacionales.

La economía desaparece con la rareza. La abundancia dejaría subsistir problemas de organización, pero no cálculos económicos. Igualmente, la guerra dejaría de ser un instrumento de la política el día en que se supiera el suicidio común de los beligerantes. La capacidad de producción industrial da una cierta actualidad a la utopía de la abundancia y la capacidad destructora de las armas vuelve a suscitar los sueños de paz eternos.

Todas las sociedades han vivido el "problema de las relaciones internacionales", muchas culturas han caído en ruinas porque no han sabido limitar sus guerras. En nuestra época, no es ya sólo una

cultura, sino la Humanidad entera la que se vería amenazada por una guerra hiperbólica. La prevención de una guerra de este carácter se convierte para todos los actores de un juego diplomático en un objetivo tan evidente como la defensa de los intereses exclusivamente nacionales.

De acuerdo con la visión profunda y quizá profética de Kant, la Humanidad debe recorrer el camino sangriento de las guerras para llegar a alcanzar, un día, la paz. Es a través de la historia cómo se lleva a cabo la represión de la violencia natural y la educación del hombre para el uso de la razón.

### Pancho

Los marinos chilenos llaman "Pancho" al puerto de Valparaíso. Su origen se remonta a mediados del siglo pasado y hay dos versiones sobre la materia.

Por largos años, Valparaíso fue el puerto más importante de la costa del Pacífico en América. Cuando gracias a la fiebre del oro San Francisco de California creció, Valparaíso pasó al segundo lugar y los marinos comenzaron a llamarlo "Pancho" por su semejanza topográfica con el otro.

Sin embargo, el verdadero origen de este nombre, que es muy grato a los porteños sería el siguiente:

De los pocos vestigios que van quedando en nuestro puerto y que nos mueven a evocar el pasado, hay uno que se presenta a la vista de los porteños como algo familiar y es la antigua torre de la iglesia de San Francisco, con singular historia relacionada con la vida marítima de Valparaíso. En efecto, este viejo campanario, que se alza en el Cerro del Barón y que a manera de baliza, figura en las cartas de navegación, fue construido en el año 1846. A él acudían antaño, para implorar protección divina, madres y esposas de esos valientes marinos, que tripulaban veleros en demanda del Cabo de Hornos, que para aquellos tiempos constituía una peligrosa aventura. La silueta de la torre del convento se destacaba nitidamente desde a bordo y junto con el primer faro, instalado en Punta Angeles en 1838, servía a los navegantes de los buques que recalaban a Valparaíso, para situar la nave. De aquí que la gente de mar se acostumbró a llamar "Pancho" a Valparaíso, porque antes que el faro, lo primero que se veía en el horizonte era la torre de esta iglesia de San Francisco, que a pesar de los años y lo poblado que están los cerros porteños, todavía se destaca y sirve como punto de referencia a los navíos que arriban al puerto.